El caso Beylis

León Trotsky

28 de noviembre de 1913

(Versión al castellano desde "Sous le signe de l'affaire Beylis", en Marxistes-Léon Trotsky; publicado por primera vez, bajo el nombre de N. Trotsky y con el título "El caso Beylis", en *Die Neue Zeit*, revista mensual del Partido Socialdemócrata Alemán, el 28 de noviembre de 1913; posteriormente publicado en las *Obras* de Trotsky, volumen cuatro, Moscú-Leningrado, 1926)

El juicio por asesinato ritual que tuvo lugar en Kiev y finalizó el 10 de noviembre es uno de esos pequeños dramas judiciales que, a pesar de su relativamente escaso punto de partida, adquieren la dimensión de un acontecimiento histórico, alteran la conciencia del país durante mucho tiempo y a menudo marcan una ruptura entre dos capítulos de su vida política.

Toda la Rusia actual, con todos sus antagonismos sociales y nacionales y sus enormes contrastes culturales, se reflejó directa o indirectamente en esta apasionante lucha, que comenzó con el descubrimiento del cadáver lacerado de un vagabundo y cuyo destino era un obrero judío completamente desconocido.

Si los directores reaccionarios de esta campaña legal contra el pueblo judío tuvieron la audacia de lanzar una acusación absurda de los días de la brujería en el siglo XX, fue porque sintieron que tenían un apoyo poderoso. El zar Nicolás II, influenciado por turbios aventureros que habían cambiado el oficio de ladrón de caballos por el de "taumaturgo" de la corte, estaba desesperado por encontrar pruebas de asesinatos rituales judíos. Ciertamente, y algunos indicios de ello se filtraron en la prensa, algunos de los ministros del zar trataron de oponerse a esta puesta al desnudo que comprometía a la Rusia oficial a los ojos del mundo (y el Sr. Kokovtsev[1] estaba sin duda preocupado por cómo se enfrentaría a la mirada de Rothschild[2]), pero como siempre, los más serviles y deshonestos marcaron la pauta. El más infame de todos ellos, el ministro de justicia Shcheglovitov[3], antiguo orgullo de la judicatura "liberal", se encargó de organizar un juicio de asesinato ritual que condujo a la condena que tanto deseaba el zar.

---

[1] Primer ministro y ministro de finanzas (nota del traductor [al francés])

[2] El Sr. Kokovzev se estremeció porque no conocía bien a sus Pappenheimers. ['*Ich kenne meine Pappenheimer'*, 'Sé con quién estoy tratando'.] Durante su gira por Europa occidental, todo el mundo judío, en la medida en que forma parte del campo capitalista, le cortejó, incluso intelectuales de mentalidad ética como el Sr. Theodor Wolff del *Berliner Tageblatt*. El juicio de Beylis avergüenza no sólo a la Rusia oficial, sino también a la fracción capitalista del mundo judío de Europa occidental, sin cuyo apoyo los verdugos rusos de los judíos habrían quebrado hace tiempo (nota del editor: *Die Neue Zeit*).

[3] Shcheglovitov, abogado liberal en su juventud. Colaboró en el *Pravo*, el *Boletín Jurídico* [*Yuridichesky Vestnik*] y otros órganos liberales. Ha sido Fiscal Jefe del Departamento Penal del Senado. En 1905, bajo el ministerio de Witte, fue viceministro de justicia, y fue nombrado ministro en abril de 1906. En la época de la Segunda Duma, cuando por fin se produjo el giro hacia la reacción abierta, Shcheglovitov se convirtió en uno de los más estrechos colaboradores y lacayos de Stolypin. De ser un liberal, se convirtió inmediatamente en uno de los más feroces Cien Negros. Como ministro de justicia, dedicó mucha atención a los casos judiciales; a menudo intervino personalmente en el curso de los procedimientos, dictando sentencias, etc. Se distinguió sobre todo por su propia experiencia personal. Se distinguió en este sentido especialmente en el caso Beylis, que, con su estrecha colaboración, se infló hasta alcanzar las proporciones de un escándalo panruso. Para garantizar un veredicto de culpabilidad, puso en marcha todos los "traslados y nombramientos" posibles en el Tribunal de Justicia de Kiev, donde se juzgó el caso Beylis. En el verano de 1915, bajo la presión de las fuerzas sociales desencadenadas por los fracasos militares, se retiró con

Se han movido todos los resortes del poder público. Los jueces de instrucción y los agentes de la policía secreta que, ante la debilidad de las pruebas, se opusieron a la versión del asesinato ritual fueron destituidos, y los más rebeldes fueron llevados ante la justicia. La administración local, y más o menos todos los que habían estado cerca de la investigación, fueron objeto de una terrible persecución policial. Se mandó al diablo a fiscales, se buscaron "expertos" entre notorios delincuentes y maníacos. La prensa de la oposición se vio atemorizada por una represión diez veces mayor y, para colmo, el jurado estaba amañado.

Pero la reticencia a hacer todo esto adquirió proporciones inesperadas. El primer acto de esta tragicomedia forense ritual coincidió con esa época siniestra de principios de 1911, cuando la vida política empezaba a recuperar algo de color, mientras la reacción, habiendo agotado todos los recursos internos a su disposición, buscaba estímulos externos para sus nuevas hazañas.

Sin embargo, la acción central propiamente dicha, al menos en la parte relacionada con el asunto Beylis, tiene lugar casi tres años después, en un periodo marcado por una efervescencia tumultuosa en las ciudades, huelgas políticas masivas, disturbios en las universidades, protestas de diversos gremios, el desarrollo de la prensa de oposición y la creciente importancia de los periódicos obreros.

Por sí misma, la cuestión puesta al orden del día por la reacción, en un gesto de provocación, era si los judíos, en la era del cinematógrafo y del avión, consumían sangre cristiana. Esta cuestión, concebida para la psicología de las masas rurales más atrasadas, no podía sino, por su misma monstruosidad, despertar un sentimiento de infinita indignación y vergüenza en las ciudades. Incluso los elementos más moderados se horrorizaron ante la bajeza criminal de la reacción, que había perdido definitivamente la capacidad de tomar la medida de la realidad. Aparte del *Novoye Vremya*, un periódico influyente en la alta sociedad, y probablemente el más vil, el más sucio de nuestro planeta, que no era especialmente brillante en general, sólo había unas pocas docenas de publicaciones pogromistas confidenciales que retomaban la antífona del asesinato ritual. Publicado en Kiev, el *Kievlianin*[4], la voz de los nacionalistas (que se reclutaron principalmente en el suroeste) se apresuró a abandonar el inseguro barco de la acusación de asesinato ritual mientras aún había tiempo. El resto de la prensa se dedicó a movilizar fervientemente a la opinión pública contra los instigadores de este juicio medieval.

Y como una banda de "ritualistas", empezando por los verdaderos asesinos del niño, ladrones profesionales de Kiev, pasando por funcionarios policiales y judiciales, fue alentada por el zar de toda Rusia, toda la agitación contra la difamación del uso ritual de la sangre adquirió un carácter claramente antimonárquico y revolucionario, independientemente de la voluntad de los políticos y de todas las redacciones liberales. Así lo puso de manifiesto la policía, que confiscó los periódicos que exponían a la banda de ladrones de Madame Cheberiak[5] con el mismo celo que si se tratara del más terrible

---

Sujomlinov, Maklakov y otros, y fue nombrado miembro del consejo de estado, en el que dirigió la extrema derecha. En 1916 fue nombrado presidente del consejo de estado. En esta posición se enfrentó a la Revolución de Febrero, donde lideró la extrema derecha (Nota en la edición rusa de 1926).

[4] *Kievlyanin,* diario cien Negro, editado por el profesor Pijno y posteriormente por Shulgin (Nota en la edición rusa de 1926)

[5] Vera Chebyryak, esposa de un funcionario de correos de Kiev, guardiana de una guarida de ladrones y líder de una banda de bandidos bien organizada. La banda planeaba saquear una de las catedrales de Kiev. Uno de los miembros de la banda, Andrei Yushchinsky, debía entrar en la catedral por una ventana abatible y abrir una puerta previamente designada. Sospechoso de traición, Yushchinsky fue asesinado por miembros de la banda, con la participación de Chebyryak. Su cuerpo fue encontrado en una cueva en las afueras de Kiev, cerca de la fábrica de ladrillos Zaitsev. El gran número de heridas que presentaba el cadáver hizo que se hinchara un "caso" en el que se acusaba a los judíos de utilizar sangre cristiana. En la cima de

atentado contra Su Majestad el Zar[6]. En el transcurso del juicio se produjeron 66 actos de represión contra la prensa, se impusieron 34 multas, que ascendieron a 10.400 rublos, se confiscaron 30 publicaciones de periódicos, en cuatro casos se detuvo a los directores y en dos se prohibieron los periódicos en espera de juicio. No hace falta decir que la prensa de la clase trabajadora fue la que más sufrió. La denuncia de la prensa se completó con los llamamientos colectivos de algunos de los políticos y escritores más populares, y con las resoluciones aprobadas por las sociedades científicas y las agrupaciones profesionales. Las huelgas masivas de protesta de los obreros contra el fraude judicial organizado fueron las manifestaciones de indignación más decisivas e impresionantes, dieron un golpe fatal a la fábula del carácter "popular" de la cruzada antisemita.

Así, a medida que el asunto Beylis crecía, su red se extendía en todas las direcciones: en los salones de la nobleza de la corte de Petersburgo y en los suburbios obreros, voluntariamente revolucionarios, en las redacciones de los periódicos liberales y en los monasterios ortodoxos, en las tabernas de mala fama y en el palacio del zar.

"¡Mirad, aquí está el liberalismo, la democracia, la revolución!", se decía por una parte.

"¡Mirad esta misteriosa organización judeo-masónica dirigida por su poderoso gobierno internacional; se ha propuesto la tarea de subyugar a todo el mundo cristiano, y al hacerlo los judíos que la dirigen se están fortificando con la sangre de bebés cristianos!"

"Ved", replicó el otro bando, "a qué nos ha llevado la reacción dominante: "¡debe resucitar los juicios medievales para mantener un ambiente propicio a su propia continuidad!"

En esta atmósfera de pasiones políticas exacerbadas, en la que se movilizaron campos opuestos entre sí, no hace falta decir que los antagonismos de clase no desaparecieron ni por un momento. Pero la alineación de fuerzas opuestas se produjo esencialmente a lo largo de ejes más básicos: ¡el siglo XVII frente al XX! Y nuestro siglo XVII ruso, impregnado de la herencia de la Edad Media europea, fue vergonzosamente derrotado en todos los aspectos.

Las reglas del tribunal, que suelen ser tanto más pomposas cuanto más se prostituye el tribunal, se basan, entre otras cosas, en la ficción de que el tribunal está completamente libre de intereses políticos y prejuicios nacionales. Pero durante el juicio de Kiev, no hubo ni rastro de esta solemne hipocresía. Todo el mundo tenía claro que todo el mecanismo del tribunal funcionaba con correas que transmitían la energía de los engranajes de la reacción aristocrática y monárquica y del chovinismo pogromista.

Todo el imperio ruso desfiló ante la corte: el zapatero del suburbio, el capitalista judío, el carretero del pueblo, el informante de la policía, los niños de la calle, los periodistas liberales, los ladrones, el judío bautizado con hábito de monje ortodoxo, el convicto, las muchachas de poca virtud, el sacerdote, el oficial de la gendarmería, el operador en bancarrota de una casa de crédito que juega el papel de líder de los "patriotas", un antiguo revolucionario disfrazado de detective privado, un abogado como testigo, profesores de medicina, un sacerdote católico, profesores de una academia de teología y un rabino; matones y "gente honrada", especialistas eruditos y fanáticos.

---

este "caso" estaba el propio Nicolás II, y el organizador e inspirador directo de este juicio pogromo fue el "Consejo de la Nobleza Unida". El caso Beylis atrajo la atención mundial. En el juicio, Chebyryak actuó como principal testigo de cargo. A pesar de las numerosas declaraciones de testigos que incriminan a Chebyryak en el asesinato de Yushchinsky, el tribunal nunca lo llamó. En 1919, Chebyryak, utilizando documentos falsos, consiguió ser admitido en el Sóviet de Kiev. (Nota en la edición rusa de 1926)

[6] Durante el juicio y en relación con él, se registraron 66 casos de persecución de la prensa. Se dictaron 34 condenas por valor de 10.400 rublos, se confiscaron 30 periódicos; en cuatro casos se detuvo a los directores y se suspendieron dos periódicos a la espera de una decisión judicial. Ni que decir tiene que la prensa obrera fue la más afectada.

La escoria de la reacción pogromista y los escombros de la revolución: todos estos elementos desfilaron ante los ojos atónitos de doce hombres que no podían soportarlo, principalmente campesinos que el ministerio de justicia había elegido cuidadosamente para administrar justicia en este juicio medieval, creyendo que serían más maleables que los demás.

El lector seguramente se ha enterado por los periódicos del desarrollo real y de los episodios más llamativos del juicio. Queremos reunir aquí estas piezas dispersas para pintar un cuadro general que, en sí mismo, será mucho más elocuente que todas las consideraciones políticas que podrían acompañarlas.

El 20 de marzo de 1911, se descubrió el cuerpo de un joven en una cueva cerca de un suburbio de Kiev, con una serie de feroces heridas de cuchillo. La investigación apenas había comenzado cuando una carta anónima enviada desde quién sabe dónde llegó a la madre del adolescente asesinado, informándole de que su hijo había sido víctima de un crimen ritual judío. Antes de la autopsia, el médico encargado por el municipio recibió una carta anónima enviada a la ciudad en la que se afirmaba que la muerte del joven Yushchinsky se debía al fanatismo judío. En el funeral se distribuyeron folletos en el cementerio en los que se pedía a los cristianos que se vengaran de los judíos por la muerte de Yushchinsky. Uno de los distribuidores de estos folletos, que fue inmediatamente detenido, resultó ser un delincuente conocido por la policía y miembro de la sociedad patriótica "El Águila Bicéfala"[7], dos atributos que, por su naturaleza, probablemente van muy bien juntos.

En ese momento, la prensa de los Cien Negros comenzó, como si fuera una señal, a arremeter contra el carácter judío y ritual del crimen de Kiev. La Liga de la Nobleza Unida (la organización de lucha de los terratenientes rusos de la que partieron todas las iniciativas de la contrarrevolución) publicó una colección de informes de todos los juicios por asesinatos rituales y planteó la cuestión de restringir aún más los derechos de los judíos. El diputado cien negro, antiguo fiscal, Zamyslovsky[8], escribió un panfleto de propaganda titulado *Torturados por los judíos*, entre los que incluía a Andrei Yushchinsky. La "Unión del Pueblo Ruso", queriendo dar un carácter popular a todo el asunto, sugirió que la cuestión de la canonización de Andréi Yushchinsky entre los santos de la Iglesia Ortodoxa se planteara ante el Santo Sínodo.

Por desgracia, esta tentadora oferta tuvo que ser abandonada, ya que las actas del juicio contenían indicios de que Yushchinsky formaba parte de una banda de ladrones que planeaba robar una de las catedrales de Kiev.

Cuando la policía judicial de Kiev, centrada en los resultados de la investigación, comenzó a seguir una pista completamente diferente, la prensa de los Cien Negros afirmó en una furiosa diatriba que las autoridades investigadoras habían sido sobornadas por el

[7] "El Águila Bicéfala", organización antisemita de los Cien Negros de jóvenes estudiantes en Kiev. Su principal líder era el estudiante V.S. Golubev, que posteriormente fue asesinado en el frente al principio de la Guerra Mundial. Con su sistemática propaganda antisemita, el "Águila Bicéfala" desempeñó un importante papel en los preparativos del juicio de Beylis. (Nota en la edición rusa de 1926)

[8] Zamyslovsky G., uno de los más rabiosos antisemitas de los Cien Negros. Fue fiscal en el Tribunal de Distrito de Vilnius y posteriormente en el Tribunal Principal de Vilnius. Fiscal en muchos juicios políticos. Desempeñó un papel destacado en la Unión Popular Rusa. Elegido por la provincia de Vilnius para la Tercera Duma. En la duma fue vicesecretario principal y miembro del presidium. Como miembro de la duma, se comprometió a perseguir a todos los extranjeros y exigió la completa rusificación de Finlandia, Polonia y otros países fronterizos con Rusia. Desde 1912, miembro de la Cuarta Duma Estatal. En 1913, junto con otro miembro de los Cien Negros, Shmakov, fue parte civil en el caso Beylis, acusado del asesinato del niño cristiano Yushchinsky con fines rituales. Durante el juicio, Zamyslovsky testificó sobre los asesinatos rituales judíos. *Torturados por los judíos (caso Saratov), basado en archivos auténticos* (sic). Este era el título del panfleto antisemita de G. G. Zamyslovsky, publicado en 1911 en Jarkov. (Nota en la edición rusa de 1926).

Qahal Judío Mundial[9]. El gobierno vaciló, incapaz de capitular ante las maniobras claramente criminales de los Cien Negros. La facción de extrema derecha, dirigida por el mismo Zamyslovsky, seis semanas después del descubrimiento del cadáver, desafió al gobierno en la Duma Estatal, exigiendo que abandonara su política de connivencia y levantara el velo sobre la conspiración organizada por los judíos para cometer el asesinato ritual. Se supo que Nicolás II se había puesto una vez más a la cabeza de los pogromistas. Así que el gobierno capituló.

La investigación preliminar pasó de mano en mano hasta encontrar a la persona adecuada para llevar a cabo la misión ordenada desde arriba. El Jefe de la Policía Judicial de Kiev, Mishchuk, tras demostrar su incapacidad para descubrir a los rabinos que extraían la sangre de Yushchinsky, fue primero apartado de la investigación y luego, por un golpe de suerte, llevado a juicio y condenado por una de esas falsificaciones que generalmente llenan las carreras de los policías rusos.

En este caso, Mishchuk, aparentemente, no tuvo ninguna culpa. El informante petersburgués Kuntsevich, orgullo de la policía de la capital, pronto se mostró totalmente incapaz de encontrar pruebas del ritual y fue despedido en cuanto surgió el peligro de que pudiera tropezar con la pista real. Ante la insistencia de las organizaciones patrióticas de Kiev, el caso fue transferido al conocido detective sureño Krasovsky. Desde el principio, en un ambiente muy solemne, se le indicó que no siguiera pistas falsas como sus predecesores, y la investigación se puso inmediatamente en el camino "correcto". Cada paso de Krasovsky era vigilado por la organización pogromista, dirigida por un checo-ruso, Rozmitalsky, propietario en quiebra de una institución de crédito.

Tras una serie de intentos infructuosos de encontrar pruebas contra los shohets[10] judíos, los rabinos y los empleados judíos de una fábrica de ladrillos cercana, Krasovsky se puso tras la pista de los verdaderos asesinos: una banda de ladrones que (con razón o sin ella) habían considerado a Yushchinsky un traidor. Temiendo perder su trabajo antes de que se completara la investigación, Krasovsky engañó a su jefe no oficial, Rozmitalsky, y le aseguró que el supuesto asesinato ritual se revelaría pronto.

En ese momento, la policía de la gendarmería[11], que no tenía nada que ver con el caso y desconocía la investigación de Krasovsky, detuvo a un empleado de la fábrica de ladrillos, Beylis, por "situación de alerta máxima", es decir, por los mismos motivos, invocados en Rusia, para detener a delincuentes políticos; y ello sin ninguna prueba, según la propia gendarmería.

La detención de Beylis, como el judío cuya casa estaba más cerca del lugar donde se encontró el cadáver, proporcionó finalmente a los fanáticos del asesinato ritual de todos los rangos el eje deseado para la acumulación de todos los perjurios y falsificaciones necesarios.

Como el trabajo de investigación realizado por Krasovsky adquirió el carácter de una clara amenaza para la tesis espuria del asesinato ritual, Krasovsky, al igual que sus predecesores, fue apartado del caso y despedido del servicio. Luego, cuando resultó que continuaba la investigación como particular, con fines de rehabilitación, fue llevado ante un tribunal por delitos cometidos (o no cometidos) a lo largo de su carrera, incluyendo falsificaciones, supuestamente realizadas diez años antes. Krasovsky fue detenido, pero fue absuelto por el tribunal.

Para encubrir de algún modo todas estas acciones escandalosas, la prensa de los Cien Negros se lanzó a aullar sobre los sobornos y la corrupción sistemática por parte del

[9] "Qahal" (congregación, asamblea). Expresión hebrea en el texto. (nota del editor de *Die Neue Zeit*)
[10] "Shohet", persona autorizada por la autoridad rabínica para matar animales y aves de corral. Expresión hebrea en el texto. (nota del editor de *Die Neue Zeit*)
[11] La policía, que en Rusia se encarga exclusivamente de la investigación de los juicios políticos.

qahal judío de todos los jueces rusos implicados en la investigación. La banda principal de Cien Negros estaba descontenta con la indecisión y la lentitud de los procedimientos. En noviembre de 1911, presentaron una segunda interpelación a la duma, a la que el ministro de justicia respondió con una promesa de medidas contundentes.

El investigador forense Fenenko, que había estado a cargo de la investigación, fue sustituido y, en su lugar, se envió desde San Petersburgo a un juez de instrucción, Mashkevich, para que se ocupara de casos especialmente importantes. Él, bastante sabio gracias al destino de sus predecesores, no se desvió ni a la derecha ni a la izquierda, sino que fue directo a la meta deseada.

Una vez confirmado que Beylis estaba en el centro de la investigación, y recogiendo mecánicamente todos los cotilleos, perjurios y falsificaciones necesarios para seguir la pista del asesinato ritual, pero rechazados por inanes por todos los investigadores anteriores, Mashkevich sólo se preocupó de presentar adecuadamente el caso en forma de peritaje "científico". Tras una larga búsqueda y una serie de intentos infructuosos, su objetivo se logró cuando encontró a Sikorsky, un psiquiatra completamente loco, y al padre católico Pranaytis, que, desenmascarado como chantajista probado, se había visto obligado a renunciar a su puesto de profesor en la academia teológica y retirarse para servir a Dios en Asia Central.

A partir de ese momento, el caso quedó finalmente encarrilado. Había un dictamen pericial de un ritualista, había decenas de volúmenes de documentos de investigación, bajo cuyo peso los jurados podían quedar aplastados, y sobre todo había un judío vivo con nariz aguileña y barba negra que podía ser arrastrado al banquillo de los acusados y dar así contenido al juicio. Al igual que el futuro del árbol está contenido en la semilla, todo el procedimiento del tribunal de Kiev ya estaba contenido en este prólogo del caso Beylis.

Sin embargo, el futuro jurado era un obstáculo amenazador en la ruta prevista. Pero aquí también se encontró un remedio. El principal organizador del juicio, Zamyslovsky, la figura más prostituida de toda la arena de la Rusia contrarrevolucionaria, recordó incansablemente a las autoridades judiciales que la gente del pueblo, como jurado, era absolutamente poco fiable. Consiguió que para el caso Beylis, que iba a implicar complejos exámenes médicos, históricos y rituales-talmúdicos, se seleccionara un jurado especial. Sin precedentes en la historia del tribunal de Kiev, este jurado estaba compuesto por campesinos atrasados de la provincia de Kiev, contaminados por la demagogia antisemita, y presidido por un funcionario menor que demostró durante todo el juicio su voluntad de servir a la acusación.

Un joven fiscal, Vipper, fue enviado desde Petersburgo como acusador. Era un verdadero germano-ruso, imagen de una de las peores subespecies del tipo báltico-ruso, y totalmente dominado por un desenfrenado arribismo.

Los terratenientes germano-bálticos, educados en el servilismo al zarismo y en el desprecio a la población campesina letona, desempeñan, como es sabido, un gran papel en la diplomacia rusa, en la fiscalía y en la gendarmería, cultivando un nihilismo burocrático de lo más puro, sin el menor rastro de sentimiento nacional, desprovisto incluso de vínculos feudales con las poblaciones autóctonas, y sin conciencia ni honor.

Sin embargo, los más que modestos recursos intelectuales del acusador oficial quedaron muy por debajo de sus malvadas intenciones, y durante todo el juicio fue mantenido a raya por Zamyslovsky, que desde su lugar de parte civil se hizo el verdadero piloto. El segundo demandante era el abogado Shmakov[12], un patente mordedor de judíos,

[12] Shmakov, miembro activo de los Cien Negros, abogado. Calumniaba a los judíos con especial odio. Compareció en varios juicios para defender a los pogromistas. En el caso Beylis se presentó como parte

conocido, entre otras cosas, por el hecho de que en su obra había clasificado a Paris, el secuestrador de la bella Helene, como judío, debido a sus escasas cualidades morales.

Había otro alemán, con un alma verdaderamente rusa y un apellido simbólico, responsable de las tareas especiales adscritas al Gobernador General de Kiev: Mörder[13]. Mörder, bajo la apariencia de un testimonio, intentó hacer creer a los miembros del jurado que la sangre de Yushchinsky era necesaria para que los judíos consagraran su casa de oraciones, que entonces estaba en construcción.

Todo el juicio, que duró más de un mes, se ha conservado afortunadamente para toda la eternidad en las actas taquigráficas de un periódico de Kiev, como un terrible monumento cultural de aquella época de la historia. A pesar de la cínica parcialidad del presidente, a pesar de la indecisión y la prevaricación, a veces asombrosas, de la defensa liberal, que temía irritar a los miembros del jurado, cuya pertenencia a los Cien Negros asumía, el juicio de Kiev reveló el cuadro verdaderamente asombroso de una conspiración única entre la policía, la administración y el tribunal. En aras de la demagogia pogromista y antisemita, esta banda de criminales uniformados había decidido unir sus fuerzas para que pareciera un crimen ritual de sangre completamente inventado de un obrero judío cualquiera cuya vida entera había sido de trabajo honesto y penurias.

El caso Beylis ha sido comparado más de una vez con el caso Dreyfus. No se puede negar una cierta analogía, pero la diferencia entre uno y otro es tan llamativa como la diferencia entre el antisemitismo de salón del jesuitismo francés y el pogromismo criminal de los Cien Negros rusos, la diferencia entre el cínico culto Poincaré, que no cree ni en Dios ni en el Diablo, y el zar Nicolás, que sigue convencido de que las brujas salen de las chimeneas, volando por la noche en escobas. El oficial Dreyfus fue acusado de traición militar. No había nada monstruoso en la propia construcción de la acusación; la monstruosidad residía únicamente en la falsedad deliberada de la acusación. Pero aquí un obrero judío común y corriente, más bien indiferente a los dogmas de la religión, pero totalmente privado de derechos y pasado por la escuela de los pogromos de Kiev, fue arrancado de repente de su mujer y de sus hijos y se dijo que él, Beylis, extrajo toda la sangre de un niño vivo para consumirla de una u otra forma para la alegría de su Jehová. Imagínense por un momento lo que debió sentir este desafortunado hombre durante su condena de veintiséis meses de prisión, y se les pondrán los pelos de punta. En ausencia total de pruebas contra el acusado, la tarea de la fiscalía y del tribunal, favorable a la acusación en todos los aspectos y en todo momento, fue inculcar a los jurados de Kiev el odio a Beylis, como judío.

Para ello[14]*, no se escatimaron supersticiones ni prejuicios. Como material "científico", también se leyó el libro de Neophit, un judío moldavo bautizado, un*

civil. Autor de numerosos panfletos de los Cien Negros con contenido antisemita (Nota en la edición rusa de 1926).

[13] Asesinato, en alemán "Mörder" significa asesino. (Nota en la edición rusa de 1926).

[14] Este pasaje en cursiva ha sido sustituido por el siguiente texto en "L. Trotsky, *Obras,* volumen cuatro, Moscú-Leningrado, 1926: [Un ignorante monje de 70 años, antes judío, fue llamado a comparecer ante el tribunal. Zamyslovsky le preguntó si había visto con sus propios ojos marcas de puñaladas judías en las reliquias eternas de San Gabriel, que había sido martirizado por los judíos. Cuando se formuló esta pregunta, el fiscal Vipper debió morderse los labios de envidia, porque, como luterano, se había visto privado de la oportunidad de manejar pruebas materiales frágiles como las reliquias eternas. Pero el fiscal se recompensó con la Biblia y el Talmud. Habiendo obtenido a su experto en la persona del convicto estafador Pranaytis, cuyos escritos fueron plagiados por los convictos falsificadores alemanes Eustus y Rolling, la fiscalía llevó a cabo una audaz incursión en la Biblia y el Talmud, donde confundió todas las edades y épocas, todos los siglos y milenios. Citaba, como supuestos cómplices intelectuales de Beylis, no sólo a varios teólogos judíos de los siglos II y III d.C., sino también a los antepasados Abraham y Jacob. El Jehová bíblico, que, según la genealogía cristiana, era considerado hasta ahora el padre natural de Jesucristo, fue cogido sin miramientos por el cuello por el fiscal luterano, y la propia presencia del Dios de la Biblia en Kiev,

batiburrillo de delirios y las más diabólicas calumnias, que afirma, por ejemplo, que el aire deposita sangre en la comida judía, que es fatal para los judíos, y que para salvarlos de tal destino se necesita un tenedor mojado en sangre cristiana. Se leyeron extractos de la "docta" publicación de otro renegado judío de nombre Serafimovitch, en la que el autor declaraba haber desangrado a un niño cristiano con sus propias manos, y que la sangre era blanca como la leche. Finalmente, se produjo un acalorado debate sobre la crueldad de los judíos en sus guerras contra los amalecitas, y todo este lodo se vertió sobre la persona del acusado Beylis.

Con obstinación y persistencia todos los testigos fueron interrogados por la fiscalía sobre dos terribles "tzadiks"[15], Ettinger y Landau, que supuestamente habían contactado con Beylis para masacrar a Yushchinsky. Una nube de misticismo se espesó en la sala al mencionar estos dos nombres, hasta que los propios tzadiks llegaron desde el extranjero, a petición de la defensa.

Uno de ellos resultó ser un terrateniente austriaco de moda, que estaba incomparablemente más familiarizado con los rituales de los clubes nocturnos de Viena que con los de la religión judía. El otro, procedente de París, resultó ser el joven autor de varias operetas en las que no se derrama ni una gota de sangre cristiana, aunque a la luz del séptimo mandamiento las situaciones se presentaban de forma extremadamente desfavorable.

Los dos "tzadiks" se presentaron ante el tribunal vestidos por los mejores sastres, y uno de ellos resultó ser incluso (como señaló maliciosamente el fiscal a los miembros del jurado) doctor en química. La química orgánica, como es bien sabido, proporciona consejos muy valiosos sobre el tratamiento y la conservación de la sangre cristiana para el uso doméstico de los judíos devotos.

Así, dolorosas y terribles notas cómicas, resonaron en la sinfonía general del juicio, donde el tono lo puso la más desenfrenada bajeza.

El juicio alcanzó su mayor nivel de tensión durante el interrogatorio de los verdaderos asesinos del niño, dos ladrones profesionales, que habían sido desenmascarados por detectives independientes y que comparecieron como testigos de honor en el mismo tribunal donde Beylis se sentaba en el banquillo.

Fueron momentos difíciles para la fiscalía.

A los ojos de todos, no importaba lo criminales que fueran los talmudistas al identificar a los romanos con la cabra, y no importaba la siniestra luz que esto arrojaba sobre el rostro de Beylis.

No, lo que estaba claro era el peligro que suponía para la acusación llevar a juicio a dos matones, contra los que, además de muchas otras cosas, existía por su propia admisión el propio asesinato, en presencia de dos testigos.

Y así, el fiscal y las partes civiles, con la ayuda vigilante del presidente, tomaron bajo su protección a los asesinos de Yushchinsky. Para establecer su coartada, por si

---

despojado de un certificado que acreditaba su condición de comerciante del primer gremio, fue reconocida como una flagrante violación de las leyes rusas sobre el derecho de residencia de los judíos. Estirando el cuello, Beylis, con los ojos congelados en su rostro demacrado, observó cómo los matones de la acusación, así como los expertos ladrones, se reunieron durante tres días en un colectivo científico, pasando horas para decidir el significado de la palabra "seir" en el Talmud, una palabra totalmente desconocida para Beylis. El resultado al que se llegó, aplicado al curso del caso, fue que, si "seir" no significaba nada más que cabra, entonces tal vez Beylis aún podría regresar con su familia. Pero si, en algunos textos del siglo III, 'seir' también significaba 'romanos', entonces Beylis no podía evitar los trabajos forzados indefinidos. Y todo ello ante un foro de doce personas semianalfabetas y totalmente asustadas que debían desentrañar el significado de las alegorías bíblicas y las filosofías talmúdicas y su conexión con la difícil situación de un adolescente sin hogar en los suburbios de Kiev]. (Nota MIA)

[15] "Tzadik" (justo, maestro espiritual). Expresión hebrea en el texto. (nota del editor de *Die Neue Zeit*)

acaso, los propios asesinos dijeron al fiscal que la noche del asesinato estaban ocupados saqueando una óptica. (El tercer asesino, una vez que quedó claro por las palabras del fiscal, que podría estar implicado en el caso Yushchinsky, se suicidó saltando por la ventana).

La confesión del robo era tan manifiestamente falsa que el juez de instrucción ni siquiera inició el procedimiento sobre la base de esta confesión. Sin embargo, la fiscalía se mantuvo firme en su aceptación de la coartada. La defensa llamó la atención de los testigos sobre el hecho de que el saqueo de la tienda había tenido lugar a medianoche y el asesinato a las 9 o 10 de la mañana, por lo que la coartada no era admisible. A esta objeción, repetida tres veces bajo la intensa atención de toda la audiencia, los asesinos oídos como testigos no tuvieron ni una sola palabra de respuesta.

Pero entonces intervino la fiscalía. Mediante burdas preguntas capciosas diseñadas exclusivamente para adaptarse a la estupidez intelectual de los campesinos miembros del jurado, los fiscales desarrollaron la idea de que los testigos, como ladrones serios y experimentados, no podían robar una tienda (que de hecho no habían robado en absoluto) sin un cuidadoso reconocimiento previo; que tenían que estudiar primero todos los aspectos del entorno y los hábitos de la casa, y por lo tanto no podían distraerse de cometer el asesinato del niño 14 horas antes del robo (que no habían cometido).

A los asesinos no les quedaba más que confirmar estas consideraciones con respuestas monosilábicas. Tras varios minutos de confusión y alarma, pronto sintieron tierra firme bajo sus pies: se dieron cuenta de que el fiscal y los jueces, en otras ocasiones tan temibles para ellos, eran en este caso sus cómplices directos, y que al negarse a admitir su asesinato estaban cumpliendo de alguna manera un importante deber de estado y podían contar con su gratitud. Esta escena parece increíble cuando se lee el acta taquigráfica palabra por palabra. Y este claro y evidente perjurio, destinado al autoblanqueo de asesinos y a la acusación de inocentes, bajo la dirección del fiscal y del presidente del tribunal, se cometió ante todo el país y todo el mundo.

El impúdico estafador vestido con el uniforme de fiscal no sólo no temía asumir la responsabilidad de su delito, sino que, por el contrario, estaba convencido de que era precisamente el carácter cínico y provocador de este delito lo que más probablemente le aseguraría la continuación de su carrera mediante el recuerdo agradecido del ministro de justicia y el favor del tribunal.

Hay muchas páginas vergonzosas en los anales de los tribunales rusos, y la época de la contrarrevolución fue realmente la época de la corrupción de la justicia rusa.

Pero no conocemos un solo juicio en el que la natural bajeza burocrática de la camarilla que regula el destino de 160 millones de personas haya reinado con tan horrible desnudez.

Independientemente de lo que uno pueda pensar, la lectura de los informes provoca sobre todo una sensación de náusea física. Y quizás la principal importancia del caso Beylis radica en su capacidad para evocar este sentimiento.

Es difícil captar la tensión que se apoderó de todo el país durante esas semanas históricas. Y a día de hoy, Rusia sigue viviendo bajo el signo del asunto Beylis.

En el centro del asunto no estaba ni la clase obrera, ni el campesinado, ni los judíos como comunidad, como es el caso del trabajo legislativo de la reacción, sino una persona viva en particular, a la que querían sacrificar como individuo de carne y huesos a ciertas necesidades “ideológicas” de la clase dominante. Este carácter tan dramático y personal del juicio contribuyó en gran medida a la comprensión general de todas las cuestiones planteadas.

Los estratos más atrasados e indiferentes resultaron tocados hasta la médula. Y al mismo tiempo, precisamente porque el caso no tenía más relación con Beylis que con

cualquier otra persona, este drama de pesadilla que le afectaba hacía visibles las corrientes subterráneas que lo regaban, es decir, la depravación de la nobleza y la monarquía y el bandolerismo burocrático.

El asunto Beylis apareció como una falsificación organizada por un poderoso aparato estatal contra un individuo débil e indefenso, contra un obrero judío, es decir, contra la encarnación cualificada de la impotencia.

La enormidad del crimen se hizo plenamente evidente para la conciencia de todos los que leyeron el juicio, de todos los que pensaron en él, e incluso de todos los que lo conocieron de segunda o tercera mano. La circulación de los periódicos de la oposición se duplicó y triplicó ese mes, y el número de sus lectores probablemente se multiplicó por diez.

Durante un mes, millones de personas devoraron los periódicos diariamente, leyéndolos con los puños apretados y castañeo de dientes. Las personas políticamente indiferentes saltaron asombradas y horrorizadas, igual que la gente sale despedida de sus asientos en un accidente de coche. Las personas que se consideraban opositores conscientes del régimen político ruso tenían que convencerse cada día de que nunca habían pensado que nuestro país estuviera gobernado por semejantes bribones. Ni que decir tiene que fueron los obreros de las ciudades los que reaccionaron con mayor pasión. Millones de corazones proletarios se vieron invadidos por el odio a la monarquía, que este año celebró su triste tricentenario con gran pompa y circunstancia.

En este caso, el gobierno ha revelado completamente no sólo su bajeza, sino también su debilidad.

El jurado absolvió a Beylis. El hecho de que a la primera pregunta formulada perfunctoriamente estos desconcertados campesinos dieran una respuesta que puede interpretarse como un semirreconocimiento encubierto del carácter ritual del asesinato, sólo puede tener importancia para los profesionales del antisemitismo, que necesitan reponer de vez en cuando sus existencias de documentos legales falsos. Pero lo que dice mucho de la conciencia de las masas populares es el hecho claro y sencillo de que una docena de personas cuidadosamente seleccionadas, encerradas durante un mes, enredadas en una red de falsificaciones, drogadas sistemáticamente con el espectro de la dominación judía y aterrorizadas por la autoridad de la monarquía y la Iglesia, se mostraron incapaces de llevar a cabo la ruin acción que se les había encomendado, y dejaron que Beylis se fuera a casa. Los miembros del jurado dijeron: "No, no culpable". Esto significa que, a pesar de todo su aparente poder, el zarismo se reveló ante el pueblo, a raíz de este juicio, como moralmente insolvente.

Los Cien Negros y los partidos civiles amenazaron públicamente en la propia sala del tribunal que habría pogromos de judíos, especialmente en caso de absolución. Las autoridades locales anunciaron que no permitirían ningún "exceso", y de hecho no hubo pogromos. El gobierno, habiendo mostrado su bancarrota durante el juicio, pensó que podía demostrar su fuerza. Lo que ocurrió fue lo contrario.

El resultado fue una confirmación elocuente de que los pogromos sólo tienen lugar cuando las autoridades gubernamentales lo desean. Todos los rumores sobre el carácter espontáneo e irresistible del antisemitismo resultaron ser mentiras: no hay masas populares que puedan, apoyando al gobierno, actuar independientemente de la voluntad de la policía. Pero esas masas existen en oposición al gobierno. Los pogromos fueron prohibidos y no tuvieron lugar. Pero las huelgas de obreros en protesta por la acusación de derramamiento de sangre contra los judíos arrasaron el país, desafiando todas las prohibiciones. Las concentraciones en fábricas y astilleros, las manifestaciones callejeras, los disturbios en las universidades, la agitación de la prensa, las protestas corporativas, todo ello continúa, a pesar del diluvio de represión policial. Moralmente aplastado,

arrastrado al polvo, el gobierno también está en bancarrota como organizador de la violencia material. Los publicistas reaccionarios evocan cada vez más el fantasma de 1905 en sus escritos.

Todo esto, por supuesto, no cae del cielo, sino que se preparó mediante complejos procesos moleculares. Los años de crecimiento industrial fortalecieron y vigorizaron a la clase obrera, lo que se reflejó inmediatamente en la confianza en sí mismo de todo el país. La democracia empezó a creer de nuevo en sí misma. El asunto de Beylis no ha hecho más que concentrar y dar un carácter exteriormente dramático al rápido proceso revolucionario en marcha entre las masas.

Sin sacrificar ninguno de sus derechos históricos, el zarismo intentó durante ocho años utilizar las llamadas instituciones constitucionales para adaptarse a las nuevas exigencias del desarrollo de la sociedad. Pero se presentó ante el país como una organización puramente parasitaria con un carácter lumpen y criminal claramente expresado.

El juicio de Kiev puso de manifiesto el abismo que necesariamente existe entre la monarquía basada en los latifundios y los cien negros, por un lado, y todas las clases sociales históricamente viables, por otro, y dio a ambas partes la oportunidad de asomarse a las profundidades de este abismo. Al hacerlo, el juicio cumplió una importante tarea política y entró en la historia rusa como el presagio de una nueva era de profunda agitación revolucionaria.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

germinal_1917@yahoo.es